

Patria - Nación - Estado

por

JEAN OUSSET

“El hombre por constitución es deudor, por varias razones, a otras personas, según los distintos grados de perfección que éstas posean y los diferentes beneficios que de ellas haya recibido. Según este doble punto de vista, Dios ocupa por completo el primer lugar, puesto que El es absolutamente perfecto y que, respecto de nosotros, es el supremo principio de ser y de gobierno.

”Pero, secundariamente, conviene también este título a nuestros padres y a nuestra patria, de los cuales hemos recibido educación y vida. Y, por consiguiente, después de serlo a Dios, el hombre es deudor sobre todo a sus padres y a su patria. Por consiguiente, así como corresponde a la religión dar culto a Dios, asimismo, en un grado inferior, corresponde a la piedad rendir culto a los padres y a la patria. Además, el culto a los padres se extiende a todos aquellos de la misma sangre, es decir, que tienen los mismos padres. Por su parte, el culto de la patria se extiende a los compatriotas y a los aliados. Luego, es a aquéllos a quienes principalmente se dirige la piedad...”

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma teológica*, II, IIae, q. 101, a. 1.

“Las relaciones de consanguinidad y de nacionalidad atañen de forma más inmediata a los principios de nuestro ser que las de amistad; por consiguiente, la piedad se refiere a ellas más especialmente...”

Op. cit., q. 101, a. 1, ad 3m.

“Lo que especializa a una virtud es considerar a un objeto desde un punto de vista especial. En general, la justicia consiste en pagar una deuda a otro. Pagar una deuda especial a una persona determinada será, por tanto, objeto de una virtud especial. Ahora bien, el hombre es deudor muy principalmente hacia lo que es, respecto de él, principio de ser y de gobierno. Este principio es el que considera la piedad,

JEAN OUSSET

por el hecho de que ésta rinde culto y deberes a los padres, a la patria y a los que les están unidos. Así, pues, la piedad es una virtud especial."

"Así como la religión es una cierta protesta de fe, esperanza y caridad, que son los lazos primordiales que ligan al hombre con Dios, asimismo, la piedad es una cierta expresión del amor hacia los padres y hacia la patria."

"Dios es principio de ser y de gobierno de manera infinitamente más excelente que el padre o la patria. La religión, que rinde culto a Dios, es, por consiguiente, una virtud diferente de la piedad, que lo rinde a los padres y a la patria. Pero las perfecciones de las criaturas son atribuibles a Dios por modo de causalidad y de infinitud. Y es por eso por lo que llamamos a Dios "nuestro Padre" por excelencia, y por lo que la piedad, también por excelencia, designa al culto de Dios. La piedad también se dirige a la patria, porque ésta es respecto de nosotros un cierto principio de nuestro ser..."

Op. cit., q. 101, a. 1, ad 1m, 2m, 3m.

"El bien público es más divino que el bien particular. Por eso es un acto de virtud arriesgar su vida por aquel bien."

Op. cit., q. 31, a. 3, ad 3m.

"El amor sobrenatural a la Iglesia y el amor natural debido a la patria son dos amores que proceden de un mismo principio eterno, porque la causa y el autor de la Iglesia y de la patria es el mismo Dios. De lo cual se sigue que no puede darse contradicción entre estas dos obligaciones..."

LÉON XIII, *Sapientiae christianae*, de 10 de enero de 1890.

"Si el catolicismo fuera enemigo de la patria, no sería una religión divina..."

SAN Pío X, alocución del 19 de abril de 1909.

"Si bien la caridad se extiende a todos los hombres, incluso a nuestros enemigos, sin embargo, ella exige que

PATRIA-NACION-ESTADO

sean amados por nosotros de manera particular aquellos que nos están unidos por los lazos de una patria común..."

BENEDICTO XV, carta de 15 de julio de 1919.

"Pues aun el mismo amor de su patria y de su raza, fuente poderosa de virtudes y de actos heroicos, cuando se halla regulado por la ley cristiana, se convierte en semilla de injusticias y de iniquidades sin número cuando, violando las reglas de la justicia y del Derecho, degenera en un nacionalismo immoderado."

Pío XI, encíclica *Ubi arcano Dei*, de 30 de diciembre de 1922.

"Existe un orden establecido por Dios, según el cual se debe amar más intensamente y se debe ayudar preferentemente a aquellos que están unidos a nosotros con especiales vínculos. El divino Maestro en persona dio ejemplo de esta manera de obrar, amando con especial amor a su tierra y su patria, y llorando tristemente a causa de la inminente ruina de la Ciudad Santa. Pero el amor a la propia patria, que con razón debe ser fomentado, no debe impedir, no debe ser obstáculo al precepto cristiano de la caridad universal, precepto que coloca igualmente a todos los demás y su personal prosperidad en la luz pacificadora del amor..."

Pío XII, encíclica *Summi pontificatus*, de 20 de octubre de 1939.

"Se diría que algunos países están fatigados de su existencia como naciones independientes..."

S. E. OLIVEIRA SALAZAR, discurso del 19 de enero de 1956.

I

EN LA CUMBRE DE LA PIRAMIDE SOCIAL, EL PROBLEMA DE LA SUPREMA COMUNIDAD POLITICA NORMALMENTE ORGANIZADA Y CONVENIENTEMENTE UNIFICADA

En otras ocasiones tratamos de las exigencias de los diversos cuerpos sociales de que se compone naturalmente la sociedad. Para ello, estudiamos sus principales órganos y analizamos sus operaciones, vida fundamental de sus células básicas que son las familias, problemas de trabajo, cuyas soluciones humanas suponen una hábil amalgama de lo que, según las circunstancias, pueden ofrecer estos tres elementos: la empresa, la profesión y el oficio. Por último, las mil posibilidades de desarrollo personal de los hombres mediante la acción civilizadora multiforme de una rica proliferación de cuerpos intermedios.

Sin embargo, estos diversos estudios sólo representaban un trabajo de análisis, y a veces, sólo de manera rápida y fortuita se abría una perspectiva sobre un aspecto más sintético de la vida social en su conjunto y en sus formas más elevadas.

Ahora bien, en lo sucesivo nos detendremos en el escalón de estos problemas de la vida social donde ésta es considerada en su aspecto más comunitario, más vasto y más (relativamente) uno.

Ello nos lleva a la misma expresión literal del título que hemos dado a este capítulo: *En la cumbre de la pirámide social, los problemas de la comunidad política normalmente organizada y convenientemente unificada...*

Universo inmenso, cuyo somero análisis nos exigirá varios artículos, y cuyo estudio más profundo nos conducirá desde las reflexiones elementales, que se expresan a continuación sobre nuestros lazos sociales más evidentes, hasta el problema, por ejemplo, del superestado.

PATRIA-NACION-ESTADO

Gradualmente y por vía de principio o de consecuencias, seremos llevados a abordar los supremos problemas del orden político.

Pero, para evitar en semejante materia el peligro de abstracción o de planificación utópica, procuremos recordar lo que, en el dominio de las realizaciones sociales y políticas, es lo más apropiado para impedir el cosmopolitismo despersonalizante de las concepciones doctrinales excesivamente desencarnadas.

NUESTRA NACION

Antes de ser "ciudadano del mundo", es un hecho que, así como no se puede poner en duda la existencia de aquél, aún menos se puede dudar de que el hombre no nace ni se desenvuelve en ese supremo grado de universalidad.

"A través de las patrias, a las que rebasó pasando por ellas —según Gustave Thibon—, el cristianismo (esta divina forma de lo universal) floreció bajo formas tan diversas, tan originales... Lo que hoy me parece dramático es esta especie de ejercicio de alto vuelo del espíritu, en la que se quiere rebasar antes de haber alcanzado. Hay gentes que lo han rebasado todo, que han rebasado el amor humano, que han rebasado la familia, que han rebasado la patria y que, sin embargo, no han alcanzado nada de todo lo que creen haber superado. Esto me hace pensar en esos devotos de los que habla Péguy, que creen amar a Dios porque no aman a nadie" (1).

Del mismo modo que necesitamos padre y madre para nacer, no hay hombre que no deba a una patria su primera y fundamental expresión de animal político.

Nadie elige la propia nación.

De la misma forma que no se eligen los padres, no elegimos nuestra nación.

(1) Conferencia al C. E. P. E. C., de 30 de marzo de 1960.

JEAN OUSSET

Se puede pensar sobre ello lo que se quiera, deplorarlo o alegrarse ante el tribunal interestelar de alguna razón pura, pues en estas materias el buen sentido más trivial pronto resultará ser el más sabio, y, como dice el buen pueblo, hasta que no se encuentre otra manera de tener hijos, se corre un tremendo riesgo de que continúe siendo así.

No se elige la propia nación; nos es impuesta por el azar del nacimiento.

¿Y qué llegaría a ser el pequeño hombre sin la aportación de bienes con que le colma, desde sus primeros años, la comunidad en la que nace? Muchos, antes de estar en edad de hablar y de obrar, incluso antes de haber tomado confusamente conciencia de sí mismos, contraen con la sociedad en que viven deudas tales que los convierten en los deudores más insolventes por las liberalidades —muy variables, sin duda, pero inmensas si se las compara con la desnudez y la indigencia del hombre solo— que la sociedad les depara.

Después, un corazón seco, una razón viciosa podrán hacer de ellos rebeldes, y las más impías blasfemias les mancharán la boca; pero aun así estarán obligados a expresarlas en la lengua de su país, y todo, hasta los términos de su insulto, les habrá sido proporcionado por la nación que los acogió, nutrió, instruyó y civilizó.

El hombre es libre y se jacta de su libertad, creyendo que esta libertad es un efecto de su poder, sin ver que sólo goza de ella en la medida en que la nación en que vive se la permite. Si esta nación decae o es vencida, la más evidente inseguridad, la prisión, el trabajo obligatorio, las deportaciones, las restricciones alimenticias, etc., dirán sobradamente todo lo que el hombre debe a la virtud tutelar de esa comunidad juzgada con demasiada frecuencia como un beneficio natural que viene *por sí solo*.

Lo que nosotros tomamos por un don espontáneo de la naturaleza bruta es, en realidad, el fruto de una paciente labor, lenta y difícilmente madurada en el curso de los siglos, que desgraciadamente es a veces comprometida o aniquilada por la locura de una generación.

Cómo es posible, entonces, que se pueda olvidar tan fácilmente que el hombre no nace en la flor de sus veintiún años y que, hasta la comodidad, la independencia, la relativa seguridad de vida que hacen la felicidad de los seres sociales que somos, se las debamos a la nación que nos alberga y nos ha visto crecer.

Robinson Crusoe guardaba con él algo de su patria.

El comentar ampliamente el concepto de libertad es cosa que no se le ocurre al salvaje en la selva ni al nómada en el desierto. Desde la aurora hasta el anochecer son absorbidos completamente por los cuidados materiales y ni siquiera su mismo sueño está seguro. La conquista de los bienes de primera necesidad les resulta una dura servidumbre. Los anarquistas no existen entre las hordas primitivas, porque en ellas la lucha por la vida es demasiado encarnizada. Pronto habrían aprendido a sus expensas que alejarse de la tribu significaba morir.

Rehusamos ver en la aventura de Robinson la ilustración de una eventual emancipación del individuo. Nos negamos a ver en ella el ejemplo de lo que el hombre puede sin la sociedad. En realidad, Robinson era un hombre hecho y derecho y no fue abandonado en su isla al día siguiente de nacer, como Moisés en la orilla del Nilo. Por desierta que fuese la isla, Robinson no estaba solo. Llevaba consigo todo aquello que la sociedad, su patria, le había dado antes de su naufragio, y sólo logró vivir porque lo recordó. Su habilidad, su ingeniosidad y su ciencia no eran bienes propios. Eran el fruto de lecciones recibidas, de ejemplos retenidos, de escenas vistas durante toda su infancia, su adolescencia y los primeros años de su madurez. ¿Y qué habría sucedido si en las bodegas de su reventado navio no hubiese encontrado de nuevo algunos útiles y accesorios: hierro, un hacha, una espada, pólvora, un fusil...? Otras tantas parcelas de su patria que, hasta en el otro extremo del mundo y en su soledad, montaba a su lado una benéfica guardia. Ella fue la que le permitió subsistir.

JEAN OUSSET

Importa poco que todos los elementos de ese capital nacional sean o no particulares de dicha nación. En efecto, el arte de hacer una buena tortilla o un buen budín de queso puede muy bien ser común a un número bastante elevado de amas de casa. Y si cualquiera de ellas pretendiera monopolizar la receta, haría mal. Por tanto, podemos decir que, en cierto sentido, las recetas de la tortilla y del budín pertenecen a una especie de patrimonio común de la humanidad. Esto, por lo que respecta a la teoría. Y por lo que a la práctica se refiere, y sin negar la ventaja que para todos entraña el que haya siempre más cocineras que sepan preparar bien ambos platos, es evidente que el arte de hacerlos bien se aprende, sobre todo, de tal o cual persona concreta. Y en el humilde escalón en que nos hemos detenido para tomar este ejemplo, ya se sabe lo que ocurre en ciertas familias con la comida cuando el ama de casa está ausente o cuando la anciana abuela, *cordón bleu*, llega con la edad a perder su maestría. Porque el hecho de que las recetas de la tortilla y el budín pertenezcan al patrimonio común de la humanidad no dispensa de agradecer a la cocinera concreta que preparó ambos platos.

Nunca se ponderará bastante a qué abismo de necedad, de brutalidad y de ingratitud ha precipitado a nuestra generación cierto gusto por la abstracción y el furor inmoderado de cierto universalismo.

El hablar de un patrimonio común de la humanidad es muy fácil. Y nosotros, que hemos encontrado a muchos apóstoles de la sociedad a secas, sabemos cuán imprecisas son las descripciones de este patrimonio desde el momento en que se elude mencionar la parte que tales o cuales naciones han podido tener en la formación de este tesoro colectivo. Aún hoy, cualquiera que viaje por el mundo podrá comprobar que, a pesar de nuestros increíbles medios de vulgarización, de comunicación y de tránsito, no es todavía tan armoniosa y común la posesión de los bienes del cuerpo y del espíritu que ciertas naciones ya no tengan razón de ser, al menos, para los que en ellas han nacido.

El hombre hereda: la patria es la herencia.

Por otra parte, cualquiera que sea la diferencia de grado entre las civilizaciones concretas que, de un extremo al otro del planeta se entremezclan o chocan entre sí, el esplendor de las más brillantes no impide que el miembro de las más humildes tribus aproveche —con frecuencia, sin advertirlo— experiencias cuyo comienzo se pierde en la noche de los siglos.

Los beneficios de este capital social que cada uno encuentra en su patria han llegado hasta tal punto a sernos familiares, que hasta los llamamos naturales. Pero, en cierto sentido, nada más falso que el empleo de esta palabra "natural". Porque, por ejemplo, no es natural encender fuego con cerillas. No es natural encontrar vino, azúcar y aceite en las tiendas. No es natural poder comprar cocos en pleno Madrid. No es natural coger el auto, el tren o el avión cuando se quiere viajar. Es tan poco natural que los trenes partan o lleguen a su hora, que existe un número bastante grande de países donde reina la más amable fantasía en este aspecto.

Nosotros no pensamos bastante hasta qué punto ciertos objetos que han llegado a ser vulgares, arcaicos, fueron el fruto de penosos descubrimientos que habían sido preparados por siglos de búsquedas y de tanteos.

¿Olvidamos que en pleno siglo xv los incas ignoraban todavía el uso de la rueda y que los griegos y los romanos desconocían el collar de tiro que permite utilizar mejor la fuerza de los caballos?

"Cada niño que nace es un niño de la edad de piedra", ha dicho Alfred Zimmern. He aquí lo natural. Y si se nos concede, si a cada hombre se le concede continuamente el no tener que volver a empezar de nuevo, es porque nacemos en el seno de una sociedad homogénea, comunidad viviente que permanece por encima de la sucesión de generaciones y transmite a sus hijos la lección y los progresos de los padres que han muerto.

JEAN OUSSET

“¡Los muertos! Los muertos —se ha podido decir (2)— son la primera condición de la vida. El bárbaro anarquismo en boga durante nuestra juventud pretendía que los muertos estorbaban o envenenaban a los vivos. No hay antífrasis más perfecta. Los vivos más flojos, más superficiales, más subversivos son también los más ridículamente liberados del recuerdo de los padres, del rito de los antepasados, del alimento de las tumbas...”

A pesar de lo que sobre ello se haya podido decir, el azar de nuestro nacimiento nos vincula con la comunidad que nos recibe. Nosotros le debemos demasiado y no se podría menospreciarla sin deshonor.

Afortunadamente, las fibras del corazón humano están hechas de tal forma que, en la mayor parte de los casos, el ardor de su impulso es justo y no hace más que preceder al de la razón, que confirma y asegura al primero.

“Los socialistas, que creen que la solidaridad internacional de las clases es más real que la solidaridad de los grupos nacionales, se hacen ilusiones... La salud del Estado es el bien humano más precioso para cada uno de los miembros de dicho Estado, así como la salud de un navío es lo que por encima de todo importa a la tripulación y a los pasajeros, desde el capitán hasta el último grumete, y desde los pasajeros de primera hasta los viajeros amontonados en la última clase” (3).

De hecho, en el estado actual de la humanidad, “la nación representa la sociedad natural más elevada, puesto que la humanidad nunca se ha organizado en sociedad unitaria y hasta hoy ese ideal no ha pasado de ser una federación de naciones, unidad para objetivos limitados” (4).

Todo, incluidos los progresos del internacionalismo, confirma lo que acabamos de decir. En efecto, sabemos lo que debe el comunismo al haberse enraizado en Rusia.

Insistimos una vez más: el hombre no puede elegir. De grado o por fuerza necesita estar encuadrado en una nación. Nosotros,

(2) Ch. Maurras, “*Sans la muraille des cyprès...*”, pág. 64.

(3) M. de Roux.

(4) Baudin.

que en los días en que la patria era fuerte y rica nos burlamos de ella, supimos lo que nos unía a la misma en los días de desgracia.

“Es condición expresa de la vida el poner en común intereses, agravios, simpatías, enemistades, identificarlas con un pedazo de tierra, con el nombre de una raza, de una tribu, de una familia. Quien no la cumple se condena a la esclavitud. Los pueblos que cesan de sentir esa ley del mundo, so pretexto de que las rivalidades entre ciudades y patrias pueden parecer absurdas cuando un individuo aislado las examina, esos pueblos dejan de formar una asociación. Divididos, nunca más forman cuerpo... La vida los abandona y su guerra civil reemplaza a la guerra extranjera”.

¿Cómo amar a la humanidad si no se ama primeramente a la patria?

“Donde la razón es igual —dijo ya San Agustín, con palabras cuyo realismo brutal podrá sorprender—, es necesario que la suerte decida. La obligación de ayudarse mutuamente es igual para todos los hombres, pero como uno no puede servirlos a todos por igual, debe tratar de servir principalmente a aquellos que por lugar y tiempo están más unidos a nosotros.”

Transposición muy psicológica y muy sabia de la bien conocida palabra de San Juan: “Si uno dijere amo a Dios, y aborrece a su hermano, mentiroso es, pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (5). ¡Cuántos alrededor de nosotros aman de manera análoga a los chinos, a los maoríes, a quienes nunca han visto y con los que nunca tendrán nada que hacer de modo normal y continuo, pero que en nombre de este mismo disparatado amor “a la dimensión del mundo”, como dicen, se rebelan contra las muy prácticas y diarias obligaciones del amor a la patria! ¡Cuán lejos está este último amor de ese culto típicamente revolucionario del hombre abstracto concebido en las antípodas! De aquí la célebre humorada de Joseph

(5) Jn., I Ep., IV, 20.

JEAN OUSSET

de Maistre: "No hay hombres en el mundo. Durante mi vida he visto franceses, italianos, rusos ... Sé incluso, gracias a Montesquieu, que se puede ser persa. Pero en cuanto al hombre, declaro no haberlo encontrado jamás en mi vida, y si existe, no lo sé."

Quiérase o no, para vivir y para obrar, los hombres tienen que encuadrarse en el marco de la comunidad social en que han crecido. Normalmente no podemos elegirla. Si ella no nos gusta, tanto peor. El hecho de amar a nuestra patria no quiere decir que debamos engañarnos sobre su propio valor. Si fuera débil, nuestra obligación más sagrada sería la de trabajar para fortalecerla o para curar sus imperfecciones y sus vicios.

Le es muy difícil al hombre el desprenderse realmente de su patria, y si él la abandona, será en todas partes un extranjero.

Verdaderamente, cada hombre debe, porque le es provechoso, procurar "florecer", como decía Santa Teresa del Niño Jesús, donde el buen Dios primeramente le hizo nacer y crecer. Esto no impide, ya lo veremos, conservar la perfecta sabiduría de vidas transcurridas completa o casi completamente en el extranjero. En último término, esto no impide de ninguna manera el emigrar.

Sólo se condena al cosmopolitismo y a la negativa de someterse a las diversas obligaciones de justicia, caridad y piedad que constituyen el fondo del deber patriótico.

II

MEMORIA

Este deber de amor, de piadoso servicio hacia la comunidad política en cuyo seno hemos tomado conciencia de nuestro ser, este deber fundamental, natural, que todo corazón bien nacido se siente inclinado a cumplir generosamente, tal es lo que hemos querido señalar desde el comienzo de este trabajo.

Mons. Blanchet se atrevía a pedir a los alumnos del Instituto Católico en su admirable discurso de apertura del curso (1): "¿Hasta qué punto tenéis el sentimiento ferviente, la grave arrogancia y la profunda alegría de pertenecer a vuestra comunidad nacional? ¿Qué derechos reconocéis sobre vosotros mismos a todo un pasado cuyo legado recibís y a todo un porvenir que os llama? ¿Qué es a vuestros ojos "el patriotismo", como se decía ayer, y como no parece que se diga tan fácilmente hoy? Es una pregunta que sería inútil eludir.

"Pero si sobre este tema del patriotismo unas revistas y unos grupos creyeron que debían suscitar la reflexión, existe también el testimonio de que, a veces, las preguntas a las conciencias no se hicieron sin malestar y sin turbación. No hay lugar para asombrarse de ello. Sin duda, el sentimiento de la patria es natural y fuerte, hasta el punto de que, en ocasiones, le vemos manifestarse en aquellos mismos que creen haber renegado de él. Así, por ejemplo, con motivo de una competencia deportiva, Fulano de Tal, que se dice liberado de todo patriotismo, dejará aparecer ingenuamente un nacionalismo desmesurado. Como todo lo que pertenece al orden de las realidades concretas, ese sentimiento es tan rico, que cuesta trabajo analizarlo y nunca se sabe completamente lo que contiene y hasta dónde alcanza. Es constante y profundo, de tal forma que en la vida ordinaria casi escapa de la conciencia, y uno puede, de buena fe, no darse cuenta de él. Es como los sentimien-

(1) 5 de noviembre de 1956.

JEAN OUSSET

tos familiares, de los que, sin embargo, vemos que en la realidad cotidiana casi nunca se manifiestan en emociones líricas ni en vigorosos impulsos, pudiendo uno incluso desconocerlos y ser más sensible a las menudas dificultades, a las horas irritantes de la vida en común que a estos fuertes lazos que nos atan, pero que si llegan a romperse, entonces advertimos lo que eran. Quizá sólo cuando uno la ha perdido, es cuando sabe el lugar que una madre tenía en la vida.

”Lo mismo ocurre con la patria. En efecto, tenemos una —a menos que sea necesario decir que ella nos tiene a nosotros—, pero esto lo sabemos mal y podemos equivocarnos sobre lo que ella es para nosotros, y cuando la analizamos, cuando queremos reducir esa realidad profunda, múltiple y secreta a unas cuantas ideas claras, nos es fácil extraviarnos. Los tiempos en que estamos han hecho aún más fácil que nos extraviemos...

”El mundo ha llegado a ser maravillosamente vasto ante nuestras miradas. La rapidez y la facilidad de medios de comunicación nos ponen en relación con diversos países, e incluso son estos mismos países los que vienen a nosotros por el sonido y la imagen, sin que tengamos que desplazarnos. Ya no somos “de un solo horizonte”, y de ello resulta frecuentemente una especie de desarraigo moral. Parecemos estar solicitados en diferentes sentidos y no tener lazo mayor y esencial, parecemos ser individuos sin cimientos a quienes todo atrae y nada retiene, conciudadanos de todos, sin morada particular que nos fije y sin sociedad limitada que nos encierre.

”El mundo cambia, las patrias ya no son lo que eran, ya no son lo que creía el siglo XIX: la noción estrecha, seca y rígida de soberanía nacional, de la que se había hecho un principio, es puesta en jaque cada día por la realidad política y económica. ¿Qué nación puede hoy considerarse independiente? ¿Qué pueblo puede bastarse a sí mismo? Es preciso mirar más lejos: los horizontes se ensanchan y a algunos les parece la patria de ayer nada más que la provincia provisional de la vasta humanidad de hoy. La ola del tiempo nos arrastra y en la fluidez de su curso las for-

mas se disuelven. La patria, dicen, no es más que una de esas formas en vísperas de fenecer.

"Además, continúan, esto será un progreso, porque diferencia es división, es posibilidad de antagonismo y de odio. Suprimid las fronteras y dejaréis sin obstáculos el campo libre a la fraternidad humana.

"¿Quién de vosotros no ha oído o leído estas cosas? Y durante las horas en que el espíritu es menos firme y ofrece menos resistencia, uno puede ser conmovido por estas ideas, claras y simples, demasiado claras y simples para no ser superficiales. El espíritu puede ser presa del vértigo con la idea de este flujo que no dejaría subsistir ninguna idea estable, ninguna realidad coherente. Puede ser conmovido por esta anarquía sentimental, por otra parte, demasiado floja e inconsciente para ser verdaderamente generosa. Pero nuestro catolicismo no es este idealismo desencarnado ni esta efusión sin exigencias precisas.

"El abre, sin duda, la más amplia llamada y no necesita que se le enseñe que todos los hombres, hijos de un mismo Padre, rescatados por un mismo Salvador, están unidos fraternalmente entre sí. Es él quien lo ha enseñado a los hombres. Es necesario recordar, entre tantos otros, el gran texto: "Ya no se trata de griego o de judío, de bárbaro o de escita; no hay más que Cristo, que es todo en todos". Pero, identidad de naturaleza y comunidad de vocación no significan que los hombres sean solamente seres con razón, ajenos al tiempo y al espacio, niños expósitos de un género humano en el que cada generación existiría sin vínculos con la precedente y aparecería como un comienzo absoluto, sin saber nada del peso y de la riqueza de una herencia —individuos sin caracteres concretos y que únicamente serían ejemplares impersonales de una humanidad anónima. El ideal humano no es un vasto campo de "personas desplazadas" e indefinidamente desplazables, una inmensa organización de apátridas.

"Basta pronunciar estas palabras de pudor farisaico y pedantería distante —estas palabras que quedarán ligadas a nuestro tiempo como un signo de lo que éste tiene de trágico y de disloca-

do— para que pronto comprendamos qué desolación humana puede ser el estar privado de patria.”

Pero precisamente lo que hay de trágico y de dislocado alrededor nuestro, esas ideas demasiado claras y simples de que tratábamos hace un instante y que hoy enloquecen a tantas cabezas, hacen que sea mucho más necesario un riguroso estudio de las nociones fundamentales en este punto. La virulencia de ciertas críticas y la acción corrosiva de ciertos errores han sido tales, que es casi imposible contentarse con lo que, aun ayer, parecía estar bastante defendido por las simples reacciones de una naturaleza casi sana. Por ello, nos parece necesario efectuar un análisis bien concebido de lo que realmente se esconde en el empleo, a menudo demasiado irreflexivo, de las palabras “patria”, “nación”, “Estado” y algunas otras más, como si fueran sinónimas. ¡Como si pudiesen servir indiferentemente! Pues bien, en muchos casos su sustitución no tiene gravedad; en otros, por el contrario, manifiesta una ignorancia lastimosa de la naturaleza de las cosas y de la jerarquía de los bienes indispensables para el progreso o para la elemental defensa de una civilización digna de este nombre.

Por desgracia, en tal materia un reajuste del sentido de las palabras resulta muy incómodo. En parte, por la extrema riqueza de lo que interesa denominar de alguna manera. “Palabras tan ricas de sentido, tan ricas de sentimientos, tan ricas de experiencias y de intuición —ha dicho Gustave Thibon—, que casi no se dejan definir”. Sobre todo, por el uso que se ha hecho de ellas y que se continúa haciendo.

Sin embargo, por estrechas que puedan ser las relaciones entre los conceptos de patria, nación y Estado, es innegable que estos tres términos, tomados rigurosamente, tienen y deben tener un sentido distinto. Es interesante conocerlo. Porque si no, pueden decirse y hacerse las más crueles necedades.

Por otra parte, las comunidades políticas son demasiado diversas y se transforman muy rápidamente para que una definición, y con mayor razón una descripción indiferenciada de la patria o de la nación típicas, pueda tener un interés doctrinal, o, si se pre-

fiere, un interés de principio, estable, permanente, que pueda iluminar desde muy lejos el movimiento de las cosas.

Son evidentes los inconvenientes de querer ajustar la patria a una definición excesivamente elaborada, pues las patrias, las naciones no se asemejan entre sí, y muy a menudo, lo que es posible decir de una de ellas otra no lo admite.

Por consiguiente, lejos de proponer una fórmula indiferenciada de patria, nación y Estado, y con el fin de luchar contra los defectos de tal sistema, nos proponemos analizar los datos más simples y más característicos o fundamentales.

O sea, los elementos que deben o pueden entrar (o que incluso a veces no entran) en la composición de esas realidades tan diferentes que el querer de los hombres, la lógica de los acontecimientos, el curso de la Historia, las condiciones geográficas determinan más o menos y que llamamos patria, nación, Estado, etc.

Extraer lo esencial, lo permanente y no el carácter particular, que sin duda específica, pero que por eso mismo se limita a dos o tres casos, tal es nuestra intención.

Sobre todo, quisiéramos mostrar (como hemos intentado hacer en *El trabajo*, en el capítulo de la organización corporativa de la economía) cuáles son los cuerpos simples, los cuerpos elementales, partiendo de los cuales serán posibles, o podrán ser sabiamente explicadas, todas las amalgamas y justas transformaciones. Mostrar lo que, en las realidades tan complejas cuyo estudio abordamos, se puede designar como fundamental. De manera que, cualesquiera que sean, por otra parte, las diferencias entre las comunidades examinadas, podamos referirnos a dichos cuerpos simples y orientarnos por ellos como por un cierto número de puntos fijos (2).

(2) Es evidente que, incluso reducidas a lo esencial, las distinciones entre patria, nación y Estado sólo tienen un carácter convencional. Nos parece que ellas permiten estudiar más fácilmente realidades que conviene no confundir. Pero, por eso mismo, no tenemos intención de discutir por palabras con quienes prefieren dar a "nación" o a "patria" un sentido más amplio que el que nosotros creemos poder concederles. Lo principal es ver bien las realidades. El equívoco o la ignorancia en este asunto siempre acarrea catástrofes en la aplicación práctica.

JEAN OUSSET

Pero antes de abordar más especialmente las tres nociones claves de patria, nación y Estado, no es inútil detenernos en la idea mucho más general de sociedad. Más tarde veremos hasta qué punto es indispensable una justa definición de esta última para refutar la tesis según la cual en nuestros corazones el humanismo debería prevalecer sobre el amor a la patria.

La sociedad.

¿Qué es necesario entender por sociedad? ¿Basta la simple reunión de una multitud para que haya sociedad? El gentío que a determinadas horas se apretuja en nuestras calles y se hunde en el metro, ¿puede ser considerado como una sociedad?

Algunas definiciones, muy comunes y muy simples, nos permitirán responder a estas preguntas.

En primer lugar, la habitual referencia del *Nouveau petit Larousse illustré*. Leemos en la palabra "sociedad": "Estado de los hombres o de los animales que viven bajo leyes comunes: las abejas viven en sociedad. Reunión de hombres o de animales sometidos a leyes comunes... Unión de varias personas sometidas a un reglamento común..."

Y en el *Dictionnaire de Philosophie* del abate Blanc (3): "Considerada en general, la sociedad es una reunión de personas que, de común acuerdo, tienden a un mismo fin." Y precisa: "La sociedad se distingue de la reunión (multitud, asamblea) en que no está formada al azar, ni de una manera transitoria. La sociedad es permanente por naturaleza... Puede ser natural, o esencialmente facultativa y libre. La familia, la tribu, la ciudad y la nación son sociedades más o menos naturales. Las asociaciones industriales, científicas, formadas libremente entre ciudadanos, son sociedades facultativas..."

Luego, cualquiera que sea la extrema variedad de sus formas —aunque incluso se trate de sociedades de animales—, parece ser que solamente podemos hablar de sociedad si hay sumisión de un

(3) P. Lethielleux, 1.^a edición. Paris, 10, rue Cassete.

cierto número de seres a un conjunto de leyes comunes. Reunión de personas que, de común acuerdo, tienden hacia cierto fin. Y esto, no de manera accidental, fortuita, transitoria, sino de forma duradera.

Sea, por ejemplo, el conjunto de los pasajeros que de Barajas salen para Mallorca. Hay allí cierto número de personas sometidas a una misma ley, a una misma autoridad, la del comandante del avión. Personas "que de común acuerdo tienden hacia un mismo fin", que es el término del viaje. Incluso, hasta podemos hablar de una "comunidad de destino", pues es muy claro que todos a bordo, sean cuales fueren sus diferencias sociales, sus divergencias ideológicas y sus ambiciones rivales, tienen, sin embargo, un interés común en no ver a su aparato hundiéndose en las olas.

Sin embargo, ¿podemos decir que es ésta una sociedad? Creemos que no, y no solamente por el carácter fortuito y completamente provisional de su encuentro, sino, sobre todo, por el carácter extremadamente pasivo de su vecindad. No se hablan. Quizá no se comprenden. Apenas si se han saludado. Ningún cambio, ninguna participación viviente y activa. En el fondo, ninguna unidad.

Pero todo cambia si un accidente transforma a esta asamblea en un grupo de naufragos que se esfuerzan en sobrenadar, en navegar y en sobrevivir en alguna embarcación. De entre ellos, unos reman o maniobran dirigidos por el comandante; otros se ocupan de los enfermos o de los heridos; la azafata vela por el racionamiento de los víveres que han podido ser salvados, etc. Esta vez, sí, parece que hay allí una sociedad. Lo que nos indicaría que para que podamos deducir la existencia de una sociedad es necesario que exista una participación activa de los miembros y cierta resolución, común, clara, explícita, bien señalada.

Veremos la importancia de este último aspecto y de qué manera nos parece que justifica la distinción que nos proponemos establecer entre patria y nación, o dicho de otra forma, lo que es de la herencia y lo que es de los herederos.

JEAN OUSSET

Patria, nación, Estado. Definiciones propuestas.

Preocupémonos primeramente del sentido etimológico.

Patria quiere decir tierra de los padres.

Nación, del latín *natus*, expresa idea de nacimiento y, por tanto, de filiación, de descendencia.

Ahora bien, precisamente encontramos muy útil y sintomático el hecho de esta doble indicación, pues nos parece que una de ellas se relaciona más bien con la herencia que los padres han transmitido, mientras que la otra pone más de relieve el carácter viviente de la participación de los herederos en la herencia.

Vamos a ver que esta doble óptica no deja de tener interés.

La patria, tierra de los padres.

Por consiguiente, y como lo indica la etimología, la patria es, ante todo, un suelo, un territorio, un dibujo en un mapa. Como poco más o menos dijo Péguy, es esa cantidad de tierra donde uno puede hablar una lengua y donde pueden reinar unas costumbres, un espíritu, un alma y un culto: "Es esa porción de tierra donde un alma puede respirar" y un pueblo puede vivir.

Mas, porque es la tierra de los padres, comprendemos que la patria es por esencia una tierra humana y, por tanto, algo más que una simple porción de tierra física, geográfica, geológica. En otras palabras, no es solamente un suelo desnudo, de selva virgen. Es el suelo sobre el cual los padres han marcado su huella, el suelo que cultivaron, sobre el que han edificado los monumentos, vestigios del pasado.

La patria es el suelo de las antiguas batallas. Es la tierra de los campos, de los vergeles, del polvo de las ciudades y de las carreteras. Es la tierra de los antepasados, la tierra de los cementerios, la que guarda a los que velaron por el niño, el adolescente y el adulto, e incluso a aquellos a los que uno no ha conocido, pero

que son descritos y resucitados por las palabras tiernas y ardientes (4).

Es el círculo íntimo, la tierra sagrada del hogar. Es la tierra carnal en la que, literalmente, hemos nacido. Es la carne de nuestra carne, y por eso es lo que pesa y obra tan fuertemente sobre el corazón humano. Es espontáneamente objeto de afecto y de sentimiento. Es la madre, la Madre Patria. También es a menudo más sentida que pensada. Además, la patria no es el resultado de un pacto voluntario. "Uno no elige su patria, la tierra de sus padres, como no elige a los padres." El niño que viene al mundo no argumenta para saber si debe decidirse a amarlos o no. Les debe demasiado y un impulso natural lo impulsa a amarlos.

Tal es la realidad. Tales son los hechos más admitidos.

La patria (patrimonio), herencia de los padres.

Nos inclinamos a creer que es suficiente quedarnos sólo con lo que se acaba de decir. Ciertamente, es necesario admitir que la patria es todo eso, pero podemos e incluso nos interesa ir más lejos y llamar "patria", o agrupar en ella, todo aquello que pertenece a la herencia, al patrimonio recibido de nuestros padres o reunido por ellos.

Más adelante comprobaremos la fecundidad de esta ampliación del concepto de patria.

Si la patria es la gleba de nuestros campos, el suelo de nuestros caminos y el asfalto de nuestras calles, reconocemos que también es el cielo que cubre a esa tierra, el aire que en ella se respira, el clima que allí se goza. Y asimismo, que es el espejo de sus lagos, el canto de sus fuentes y los reflejos cambiantes de sus mares.

Comprendemos, pues, que por extensión la patria puede ser, en realidad, el patrimonio entero (5), el conjunto del capital

(4) "La patria —según Renán— más está hecha de muertos que de vivos".

(5) Nos parece tanto más importante subrayar esta idea de patriotismo, cuanto que ella tiene lugar en ciertos casos de patria destruida o

JEAN OUSSET

que nos han dejado los antepasados. No sólo la tierra, sino también las iglesias, las catedrales, los palacios y los torreones de que se ha visto cubierta en el curso de las edades. Y todas las otras maravillas de la industria o de las artes, monumentos del pensamiento y del genio. ¡Toda la herencia! Tanto la tierra como los legados materiales, intelectuales, espirituales y morales.

La nación, comunidad humana y conciencia de un "nosotros".

Si podemos decir que la idea de patria pone de relieve, sobre todo, la idea de una herencia, de un patrimonio recibido de los antepasados, la idea de nación nos parece más específicamente humana. Y con esto queremos decir que concierne menos a la herencia que al heredero.

Pudiéramos sostener que la patria es algo que se refiere esencialmente al pasado, que es el capital reunido por los padres en el curso de los siglos. Por el contrario, el término de nación nos parece que pudiera designar ese segundo aspecto, muy importante y muy distinto del primero. No el aspecto de la herencia, sino el de la comunidad viviente de los herederos.

En efecto, por su misma etimología, por la idea de la filiación, de nacimiento que expresa, el término nación presenta algo más dinámico: su encadenamiento de generaciones, un flujo viviente.

Es esta idea de transmisión de la vida por el nacimiento la que debemos retener.

La nación es la sucesión de los hombres de la patria en el pasado y en el porvenir, así como en el presente. No es el simple total de los que viven. La nación existía antes que ellos, y cuando ellos hubieren muerto los sobrevivirá.

inexistente, como es el caso de los pueblos deportados, de los pueblos nómadas, del pueblo judío desde su gran dispersión. En estos ejemplos, la fidelidad a la patria se transforma en fidelidad a un patrimonio, a un conjunto de valores. Y la fidelidad a un poema, a un canto, a un libro sagrado llega a ser tan rudamente defendida, tan obstinada, tan heroica como el combate armado por la posesión de una provincia.

PATRIA-NACION-ESTADO

La nación se refiere, pues, a aquello que hace la unión o la unidad de un cierto número de generaciones en cierto rincón del planeta y también, a lo que permite decir que en determinada región, o para determinada clase de hombres, existe verdaderamente una comunidad de muertos y vivos. Por eso, a veces se nos enseña que el espíritu nacional reside primeramente en la conciencia de un "nosotros".

"Cada familia se extiende —dijo Pío XII (6)—, se dilata en el parentesco que unen los lazos de la sangre, y las alianzas entre familias aún traban más esos lazos y constituyen, malla por malla, toda una red cuya flexibilidad y solidez aseguran la unidad de la nación..."

Tales son las distinciones fundamentales que nos parecen útiles y de una aplicación casi universal. Guárdemonos, sin embargo, de llevar más lejos las descripciones. Ya no hablaríamos, en ese caso, de patria o de nación, sino de tal patria o de tal nación particular. Unas y otras son numerosas, pero no todas las patrias se asemejan, y nada es más diferente que las naciones de la tierra.

Unas deben su origen a una similitud étnica. Caprichos históricos, imperativos geográficos parecen haber presidido la creación de otras. Algunas son fruto de una larga paciencia y de una ruda labor política. Muchas están haciéndose; otras se deshacen...

Además, el error clásico en un dominio tan discutido es querer reducir las definiciones de patria y nación a un argumento único que pretenda abarcar una variedad tan grande de sociedades. En ciertos casos, por ejemplo, la simple conciencia de una comunidad de intereses basta para establecer una nación; en otros, por el contrario, la ventaja material más evidente no puede nada contra el obstáculo que constituye una diferencia de lengua, raza o religión.

Con el fin de evitar la caricatura que en un dominio tan variopinto y discutido representa toda definición indiferenciada, pre-

(6) Alocución a las familias francesas, de 17 de junio de 1945.

JÉAN OUSSET

ferimos distinguir aquello que no puede dejar de ser evocado, cualquiera que sea la amalgama de estos elementos fundamentales.

Una vez indicada someramente la distinción entre patria y nación, todavía nos falta hablar del Estado para poder sacar después algunas enseñanzas más generales del estudio de las relaciones que existen entre estos tres términos.

El Estado no es esencial a toda patria o nación.

So pretexto de que las mayores naciones están constituidas en Estados, se tiende a incluir entre los caracteres esenciales o indispensables de una patria y de una nación este carácter estatal de soberanía, de independencia y de autonomía política. Por frecuente que sea esta opinión, hay en ella un error cuya sistematización revolucionaria, muy conocida con el nombre de "principio de las nacionalidades", ha sido, es y sólo puede ser peligrosa, e incluso desastrosa para patrias y naciones.

Cuando decimos Estado, entendemos Estado soberano, Estado político, o, como algunos dicen, autónomo. Por el contrario, la existencia de una patria o de una nación puede ser muy real, sin necesidad de que una u otra esté constituida en Estado soberano e independiente.

Como tendremos ocasión de decir más ampliamente, es evidente que tienen derecho a ciertos órganos de autoridad, de legislación y de gobierno conformes a su ser y sus legítimas aspiraciones. Pero a este problema puede dársele una solución distinta de la fórmula de sistemática autonomía, de sistemática soberanía estatal que, según parece, es la única que hoy se admite desde el momento en que existe (o se pretende que existe) una patria o una nación.

En realidad, una justa descentralización, un armonioso régimen de cuerpos intermedios, hasta en ciertos casos, un sabio y honesto federalismo, permiten —digamos más bien, pudieran, debieran permitir— resolver las dificultades que hoy son fácilmente concebibles.

PATRIA-NACION-ESTADO

El mal estriba en que nuestras concepciones del Estado moderno son tales, que es fatal que se transforme en totalitario, planificador en exceso, nivelador, y por eso mismo, enemigo más o menos consciente de las diversas patrias y naciones que existen, o que deberían existir y expandirse felizmente, bajo la autoridad tutelar y coordinadora del Estado. El mal estriba en este error, típicamente revolucionario, según el cual tan sólo el Estado es fuente de derechos, principio de existencia y dueño soberano de todo lo que implique orden político, social, jurídico.

Algunos ejemplos de las relaciones entre Estados y naciones-patrias.

Podremos decir que hay patrias, auténticas y venerables naciones (7) sin el correspondiente Estado soberano. La cosa en sí misma puede muy bien no ser un mal. Tal es el caso de los bretones, provenzales vascos y tantos otros.

Hay patrias y naciones que subsisten a pesar del odioso desconocimiento de un Estado moderno, nivelador, centralizador y hostil a las más legítimas manifestaciones jurídicas, sociales y culturales de su existencia y de su vida, incluso en un plano subordinado. Así tenemos el caso de esas mismas pequeñas patrias y pequeñas naciones de que se compone la gran nación francesa.

Existen patrias y naciones que no sólo no están constituidas en Estados soberanos, sino que se encuentran divididas (y hasta dispersadas) bajo el poder de varios Estados. Se encuentra, sin duda, motivo para sufrir por tal estado de cosas y para que procuren realizar su unidad bajo un mismo poder político. Es el caso de tantos pueblos con minorías dislocadas o perseguidas. Pero hay naciones a las que este pluralismo no parece inquietar excesivamente. Tal es, por ejemplo, el caso de vascos y catalanes,

(7) Como, por ejemplo, las naciones para las que Mazarino hizo construir el colegio llamado precisamente de las "cuatro naciones", en el que se educaban quince italianos, quince alsacianos, veinticinco flamencos y diez roselloneses.

JEAN OUSSET

repartidos entre las dos vertientes pirenaicas, una francesa y la otra española.

Existen patrias y naciones muy distintas (casi podríamos decir que opuestas), que han aceptado someterse a la supremacía del Estado de una de ellas. Existen otras patrias y naciones que sólo están unidas políticamente en la medida en que el Estado no es expresión de una ni de otra. Desde el célebre caso de Austria-Hungría hasta el de Bélgica, pasando por el de Inglaterra, la Historia contemporánea está llena de estos ejemplos.

Incluso puede ocurrir que un Estado no tenga nada de nacional y sea la simple expresión partidista de la habilidad, la potencia o el interés de algunos: Estado de una facción revolucionaria, Estado capitalista en manos del extranjero, fundado sobre la violencia de algunos mercenarios. Hay Estados que matan a la nación que pretenden encarnar. Existen otros, en cambio, que llegan justamente a mantener el orden y la paz entre las diversas naciones que viven bajo su poder. En fin, hay Estados mucho más raros, que sin destruir a las patrias, a las naciones reunidas bajo su autoridad, logran unir las en una nación más grande y más fuerte: verdadero plebiscito de los corazones y de los espíritus, suprema obra maestra del arte político.

En esta enumeración, muy somera, sin embargo, de las principales formas de las relaciones que pueden existir entre el Estado y las patrias-naciones, pensamos que se habrá adivinado la extrema complejidad, la extrema diversidad de las fórmulas que la naturaleza de las cosas, las consecuencias de la Historia y la voluntad de los hombres pueden provocar en tal materia. E igualmente, lo inútil que es tratar de hacerse un arquetipo de lo que, sin reflexionar demasiado, llamamos indiferentemente patria, nación, Estado.

Del mismo modo que existe una gran variedad de conexiones o de posibles relaciones entre las naciones-patrias y el Estado, existe también una gran variedad de relaciones o de posibles conexiones entre estos dos elementos que, en la amalgama de las sociedades humanas, representan al elemento patria (o patrimonio) y al elemento nación. La Historia y la más ardiente actualidad

pueden ofrecer una asombrosa gama de las ilustraciones más dispares.

Ejemplos de las relaciones entre naciones y patrias.

Nada más variado que las patrias, y no solamente porque la naturaleza de los territorios pueda ser de gran diversidad: países de llanuras o montañosos, regiones bañadas por el mar o profundamente enclavadas en un continente, suelos fértiles o pobres, climas rudos o suaves, territorios envidiados, disputados desde hace siglos, o, por el contrario, vastos espacios donde las fronteras se marcan desde lejos, mediante un decreto que las fija en números redondos, según tal meridiano o tal paralelo; zonas fácilmente defendibles o heroicamente expuestas. Tantos caracteres, en suma, que ya en el escalón más bajo, más geográfico de la "tierra de los padres", bastan para demostrar la variedad de naciones y patrias.

No es dudoso que para el nómada, siempre errante en medio de soledades inmensas y desoladas, el aspecto específicamente geográfico de la patria no puede tener el mismo carácter ni ser objeto de la misma atención minuciosa y medrosa que para el pequeño pueblo de montañeses que, desde hace siglos, se empeña en subsistir, en reconstruir sus chozas, en sembrar sus campos en los terrenos próximos, según el curso de los torrentes o el paso habitual de los aludes.

Pero, ya lo hemos dicho, por importante, por sagrado que sea este carácter geográfico de la patria, no es el único. Sobre todo, como tal no es el más importante, el más rico en valores humanos. Porque si bien un territorio determinado puede considerarse como esa "porción de tierra" de que habló Péguy, donde normalmente un patrimonio nacional puede ser conservado y más fácilmente defendido y transmitido de generación en generación, es cosa probada que hay naciones que desde tiempo inmemorial han sabido permanecer fieles a lo que las distingue en tanto que nación (patrimonio religioso, moral, cultural, racial, etc.). Y esto, a pesar

JEAN OUSSET

de un desarraigo total; a pesar, sobre todo, de la dispersión de sus miembros. Ya se comprende que a esta situación extrema corresponde el ejemplo de los judíos y de los gitanos o bohemios.

He aquí, pues, el caso de un patrimonio nacional en el que el elemento territorio, el elemento de fijación al suelo, el enraizamiento es prácticamente nulo. Se trata de una comunidad sin patria (8) pero no sin patrimonio. Y es el apego a este último, la fidelidad a lo que implica o representa, lo que constituye la nación y hace su continuidad de generación en generación.

Se comprende, pues, la importancia del elemento patrimonio, ya que muchas naciones logran subsistir sin formar Estado particular, autónomo, llegando incluso a subsistir sin patria en sentido estricto, es decir, sin establecerse permanentemente en un territorio.

Por el contrario, no se concibe la existencia de una nación sin que un grupo de hombres se adhiera a un patrimonio racial, lingüístico, cultural o religioso, o a varios de estos caracteres a la vez.

Desigualdad de los patrimonios, de las patrias.

Hay patrias-patrimonios que representan una riqueza tan grande de bienes espirituales, culturales y materiales, que parecen eclipsar a las otras, si bien es cierto que muchas se encuentran todavía en un horrible estado de subdesarrollo, como hoy se dice. Subdesarrollo que puede ser no solamente técnico, material, sino también espiritual, intelectual, moral, cultural, etc. Hay, pues, patrias (patrimonios) ricas en mil bienes y las hay pobres. Lo que no quiere decir que estas últimas deban ser menos amadas por sus hijos, pues todo hijo bien nacido debe amar a su madre, por-

(8) Es decir, comunidades que han sabido persistir, durar a lo largo de siglos enteros, sin estar prácticamente enraizadas en un territorio particular. No parece pertinente recordar que Palestina siempre fue considerada por los judíos como su patria de origen. Lo cierto es que ellos no estaban en dicho país, a pesar de lo cual supieron persistir y durar. Respecto de los gitanos, el desarraigo es todavía más patente.

que es su madre y le debe el ser, y de ningún modo en la medida en que pueda parecer superior a las otras madres de la tierra por los dones del alma, de la inteligencia, de la riqueza o de la belleza. El error no comienza más que cuando, en nombre de esta universal obligación de amor a nuestras patrias respectivas, pretendemos concluir que todas las patrias (patrimonios) son iguales. No vemos por qué la igualdad tendría que ser ley en este escalón, dado que no lo es en ningún otro.

En efecto, hay pueblos felices cuya patria (patrimonio) no sólo es rica en bienes materiales o espirituales, sino que además pueden gozar de ellos serena y apaciblemente, porque esta herencia es armoniosa, porque no lleva consigo, o casi no lleva, valores contrarios, porque todo en ella es positivo de alguna manera, animado de un mismo buen espíritu, porque allí no se encuentran desgarraduras, fracturas y rupturas. Estas son patrias (patrimonios) que, por ejemplo, han sabido guardar la unidad de su fe católica, que no han conocido, o casi no han conocido, el incendio y el estrago de estas revoluciones ideológicas y sociales cuyos rencores y odios se prolongan y pueden ser, en todo momento, ocasión para que se dividan espíritus y corazones.

Dicho de otro modo, si bien hay algunas patrias (patrimonios) armoniosas, hay otras atormentadas, en las que los valores de vida están continuamente amenazados por valores de revolución y de muerte. Hay patrias que, como un castigo, arrastran detrás de sí un pesado pasivo de faltas o errores políticos, filosóficos, religiosos.

Existen patrias (patrimonios) que parecen heridas por Dios, pues tanto sitio ocupan en su herencia lo subversivo y lo falso; que sobre todo en Filosofía, en literatura y en religión sólo son conocidas por el nombre de herejes célebres, escritores corruptores y filósofos subversivos; que llevan consigo un veneno capaz de provocar en todo momento la disgregación de la nación que a ellas recurra, pues hasta tal punto los valores de estas patrias (patrimonios) son divisores, destructores, desmoralizadores.

JEAN OUSSET

Herencia y herederos. La fidelidad a la patria, sostén de las naciones.

Hay patrias (patrimonios) mediocres, sin grandes bienes materiales y espirituales; con historia humilde, pasado oscuro; sin esplendor en las artes, la literatura o la Filosofía; sin grandes jefes militares o políticos, etc. En resumen, una herencia muy pobre. Pero, en cambio, una altiva nación ardientemente adherida a este patrimonio, por pequeño que sea, valerosamente decidida a hacer rendir ciento por uno a lo que los antepasados le han transmitido, así es como empiezan los grandes destinos colectivos.

Dicho de otro modo, hay patrias pobres, pero servidas, defendidas, explotadas por naciones generosas. Es sin duda pensando en ellas que Tucídides escribió: "La fuerza de la ciudad no está en sus murallas ni en sus navíos, sino en el carácter de sus hombres."

Debe insistirse en el dualismo entre la noción de herencia y la noción de heredero, dualismo indispensable para comprender las variedades de lo real en semejante dominio. Hay herencias pobres, pero si el heredero es sabio y valiente, existe la promesa de un gran porvenir.

Pero, por desgracia, hay también magníficas herencias que Dios permite que caigan en manos de herederos indignos. En este caso es cuando la Historia registra los mayores desastres. Patrias hay a las que Dios ha colmado de ricas tierras, ciudades y monumentos sagrados y profanos; que tienen un patrimonio rebosante del oro puro de mil bienes humanos y divinos, de las obras maestras de la literatura y de las artes; que patrocinan descubrimientos admirables y gozan de innumerables testimonios de santos... Sin embargo, todo esto puede caer en manos de una generación enervada, muelle; en manos de un rebaño de imbéciles o de puercos encenagados en un oro que ya no pueden hacer fructificar. Tal es el caso de todas las naciones que no han

PATRIA-NACION-ESTADO

sido dignas de una patria magnífica, o, si se prefiere, es el caso de una patria (patrimonio) admirable, pero perjudicada y arruinada por una nación que perdió el sentido de su herencia. Naciones que desperdician el patrimonio, que queman las reliquias de sus santos y transportan al Panteón una turbamulta de imbéciles, perturbados y canallas.

En fin, el último ejemplo posible de las relaciones entre el elemento patria y el elemento nación es el caso de las patrias (patrimonios) olvidadas, que son como una suntuosa herencia que, más o menos culpablemente, los herederos olvidaron y abandonaron progresivamente. Un tesoro existe allí, pero los vivos se agitan alrededor de él sin verlo, sin utilizarlo. Y, de pronto, alguien advierte el valor de esas riquezas que se pisotean o se olvidan, y gracias a él los vivos se sobresaltan y la nación vuelve a encontrar a la patria, haciéndose posible otra vez un gran destino.

Esto es lo que viene a decir Alphonse Daudet, en *Cartas desde mi molino*, cuando habla de la restauración provenzal llevada a cabo por Federico Mistral: "Mientras Mistral me decía sus versos en esta bella lengua, latina en más de sus tres cuartas partes, que antaño hablaron las reinas y hoy sólo comprenden nuestros pastores, yo admiraba interiormente a este hombre, y al pensar en el estado de ruina en que encontró a su lengua materna y lo que él ha hecho de ella, me figuraba a uno de esos viejos palacios de los príncipes de Baux, como los vemos en los Alpilles: sin techos, sin balaustradas en las escalinatas, sin cristales en las ventanas..." El patrimonio está puesto en pública subasta, dispersado, despreciado. Los herederos lo pisotean sin apreciarlo, prestos a abandonarlo. Pero he aquí que un buen día uno de sus hijos se enamora profundamente de estas grandes cosas y se indigna al verlas profanadas. "Rápidamente expulsa al ganado del patio principal..." Restituye cada cosa a su sitio y le devuelve el esplendor, restaurando la patria.

Tal es la estrecha relación que une a la patria (patrimonio) con la nación. Sin apego a su patria (patrimonio), las naciones se

JEAN OUSSET

hunden, no tardan en dispersarse, y hasta la misma patria desaparece en ruinas. Podemos decir, pues, que la fidelidad a la patria es el sostén de las naciones. Y asimismo, que el amor y el celo de una generación pueden bastar para restablecer el esplendor del patrimonio heredado de los antepasados: la patria.

(Continuará.)